

De los años del "Martín Fierro"

por

VIDAL FERREYRA VIDELA

En diciembre de 1872 se publicó "Martín Fierro". Se cumple, por tanto, en el mismo mes del año en curso, ochenta años de esa publicación.

A ese lapso ni el idioma ni el uso, han caracterizado como ciclos o períodos de nombre propio y de especial significación, como las bodas de plata, el centenario u otras análogas; pero tratándose de la "Vida" —uno de los aspectos del poema— del personaje epónimo, creo que puede repetirse o validarse, para el caso, la expresión: "los primeros ochenta años".

De estos ochenta años de la aparición de la primera parte del poema, quiero suscitar un recuerdo.

De la edad del héroe, de los años de Fierro, si, como creo, nadie ha dicho nada, puede ser también oportuna la ocasión para precisarla.

¿No estaría Fierro "en medio del camino de la vida" cuando comienzan sus andanzas? Desde luego que no sería la única semejanza con el Florentino, ya que como él es poeta, como él se expatria perseguido, como él vive en un infierno...

Durante el período que recordamos, o a lo menos, en las últimas décadas, no faltan comentarios del poema, entendiéndose por tales los que la crítica culta ha formulado en estudios que abarcan las múltiples facetas de la creación hernandiana. Pero no hay duda que aún falta mucho por decir; parecer este, que se reafirma con el propio o intuitivo de Fierro, que no dudó en prevenir:

"Tiene mucho que rumiar
El que me quiera entender".

Felizmente no han faltado ingenios ávidos de querer entender y puestos en esa exquisita rumia han extraído los zumosensos, y los alquitarados que sabemos.

Desde el solo nombre, dado en recuerdo, hasta la exégesis aquisitiva, se han andado muchísimos caminos. Cabe anotar entre ellos, las traducciones a diversas lenguas, desde el vernáculo guaraní, hasta el exótico nipón, pasando por todas las lenguas cultas y aún a dialectos. Lo que evidencia la rebozante universalidad de la matriz generadora. Análoga razón por la

que nos son familiares los nombres, vidas y hechos de héroes y semidioses protagonistas de gestas extrañas y remotas.

Cierto que a éstos nos los acerca, no obstante la acción desvanecedora del tiempo, la inversa expansividad de la cultura, de modo que pudiera pensarse en un paralelogramo de fuerzas concurrentes a hacernos llegar luces remotas, tanto más claras, cuanto es más negra la noche circunstante.

Y si ha sido menester años, acaso siglos, para que llegue a nosotros la luz de muchas estrellas, ha sido igualmente necesario la sordina del tiempo para que cantos remotísimos adquirieran sonoridad heroica o religiosa y llegaran a las almas con numerosidad inefable. Lo que hoy es oración a Dios, en un principio fué sólo elegía ante Sión distante o destruída.

Eso falta a "Martín Fierro" para que sus dimensiones se perciban íntegramente. Tiempo. Lejanía de astro. Desde esa hondura podrá llegar un día quién sabe qué notas aún no escuchadas, y que en la abundancia vital del armonioso ritmo, suene para las almas como los cantos del viejo Ossián, como las melodías del ciego Homero.

Entre tanto, el poema va tomando sonoridades de selva, voces de pampa, rumor de río o de mar a la distancia. El protagonista se va exaltando en símbolo y el poeta adquiere el apolíneo laurel.

Cerrado quizá para siempre el ciclo del romance heroico, paladín y aedo son los últimos habitantes de la cima olímpica y, por razón de tiempo, los más próximos a nosotros. Esa distancia y el lapso que recordamos, van conjugando la resultante de una vida integral, como las nacidas de aquellas cítaras que pulsadas animaban los barroes primordiales.

¿Qué mucho, entonces, si la tierra maternal erigiera el bronce sonoro que figurará a ambos arquetipos para que habitaran entre nosotros y desde sus eminencias nos hablaran?

En torno a sus figuras, árboles nativos tenderían la sombra acogedora que otras veces refrescaron sus largas andanzas. Y había de suceder que en ellos fingiese el viento aquel temple conocido de sus guitarras, cuando daban en nacer del encordado las coplas innumerables en que Fierro, como un predestinado, pudo afirmar:

"Dende el vientre de mi madre
Vine a este mundo a cantar".

Cantó sus penas y desdichas por fogones, pulperías y fortines, pero ha llegado el día de su clara visión:

"Me tendrán en su memoria
Para siempre mis paisanos".